

TRIBUNA DE

LA VANGUARDIA

Hacia 1976 (X) EL FIN DE LOS «DOBUANOS»

LEVAMOS unos años haciendo un ensayo general de vida según el modelo «dobuano». El lector, si no es antropólogo o etnólogo, se preguntará probablemente qué quiere decir esto. Voy a explicar en pocas palabras lo que me parece uno de los casos más curiosos y extraordinarios de toda la historia de Occidente.

Dobu es el nombre de una isla que está en el grupo D'Entrecasteaux, al S. E. de Nueva Guinea, muy cerca de las islas Trobriand, que tan bien estudió Bronislaw Malinowski. El Dr. Reo F. Fortune estudió las costumbres de los dobianos y publicó en 1932 su libro *The sorcerers of Dobu* («Los hechiceros de Dobu»); dos años después, la antropóloga Ruth Benedict, en su famoso libro *Patterns of Culture*, dedicó un largo capítulo a la interpretación de los hallazgos de Fortune. Ruth Benedict utilizó un esquema psiquiátrico para entender aquellos extraños fenómenos y consideró como «paranoicos» a los dobianos. Creo que estuvo cerca del acierto, pero ciertas insuficiencias antropológicas de la psiquiatría vigente la desviaron del método adecuado. Quizá alguna vez me detenga en este tema, que nos llevaría muy lejos del de hoy.

Ortega, en unas notas preparatorias para un «Comentario al Banquete de Platón», escritas en Lisboa hace cosa de treinta años y publicadas después de su muerte (Obras completas, vol. IX), se interesó por los isleños de Dobu. Hay muchos aspectos apasionantes en esa extrañísima forma de sociedad. Voy a prescindir de la mayor parte de ellos, quizá del más profundo desde el punto de vista filosófico. Voy a tocar solamente el punto en que nuestras sociedades parecen haber sustituido el conjunto milenarista de diversos modelos coherentes por uno que parece arrancado a una isla perdida en las costas orientales de Papuasía.

Los dobianos, según Ruth Benedict, son peligrosos; eran caníbales hace pocas generaciones; son considerados hechiceros o brujos, guerreros que no se detienen ante la traición. No tienen jefes ni organización política, pero no porque estén en «estado natural», sino porque «las formas sociales que dominan en Dobu estiman sobre todo la malevolencia y el espíritu traicionero, y hacen de ellos las virtudes reconocidas de su sociedad». Todo el mundo es brujo y lo son las gentes con quienes se trata, que amenazan los intereses de los demás. El matrimonio se hace entre grupos hostiles. El muchacho, antes de casarse, duerme cada noche en las casas de muchachas solteras. El matrimonio no pone fin a la hostilidad. No se espera que marido y mujer se sean fieles y «ningún dobuano admitirá que un hombre y una

mujer estén juntos, incluso por el más breve tiempo, más que para fines sexuales». El adulterio es «un pasatiempo favorito», pero los matrimonios se rompen con frecuencia, porque celos, sospecha y exclusivismo son los caracteres dominantes.

La competencia o rivalidad es en Dobu «secreta y traicionera». «El hombre bueno, el que tiene éxito, es el que ha quitado a otro con engaños su puesto.» «El éxito, que se desea apasionadamente y se resiente apasionadamente, el que está más cerca del corazón de cada dobuano, se busca primariamente en dos campos, el campo de las posesiones materiales y el campo del sexo.» «El conflicto traicionero que es el ideal ético en Dobu no está paliado por las convenciones sociales de lo que constituye la legalidad. Ni está mejorado por ideales de compasión o amabilidad.» «La vida en Dobu fomenta las formas extremas de animosidad y malignidad que la mayoría de las sociedades han minimizado mediante sus instituciones... La virtud consiste en escoger una víctima sobre la cual poder desahogar la malignidad atribuida por igual a la sociedad humana y a los poderes de la naturaleza.» «El único modo de vida —concluye Ruth Benedict— que el dobuano considera como básico en la naturaleza humana es el que es fundamentalmente traicionero y salvaguardado con temores morbosos.»

Por su parte, Ortega —que va principalmente a otra cosa, la idea de la realidad— resume en pocas palabras el punto que aquí me interesa: «Tienen una idea negra, torva del destino humano. Piensan que la virtud del hombre debe consistir en ser malvado y la enemistad es una de sus principales instituciones. Su moral, por tanto, es estrictamente inversa de la nuestra. Hasta hace poco eran caníbales. Practican la magia tal vez con mayor intensidad que ningún otro pueblo. Toda su existencia está informada por ella hasta la manía, hasta sesgar la paranoia.»

Piense el lector en los «modelos», en los «ideales» éticos que se presentan desde hace unos cuantos años, que pugnan por conseguir vigencia y que, en cierta medida, la han alcanzado. Las que se han considerado virtudes se ocultan vergonzosamente —y la misma palabra «virtud», ¿quién se atreve a usarla?—. Las muchachas se avergüenzan de su virginidad y si la poseen la ocultan o niegan. La fidelidad conyugal, si existe, se disimula. Ser partidario del aborto da prestigio y considerarlo como una forma de asesinato es una manera segura de ser definido como «reaccionario». El carácter sagrado de la vida parece cosa irrisoria con una sola excepción: los asesinatos, en particular los terroristas—. «Lealtad» o «patriotismo» son pala-

bras malsonantes y terriblemente desacreditadas, si se aplican dentro del área de Occidente. La libertad parece un viejo prejuicio caduco. Políticamente, por supuesto, pero no menos la libertad personal: ¿cómo va a pensarse que el hombre es otra cosa que un mecanismo psicofísico o social, determinado por unos u otros condicionamientos? No digamos lo que sucede si se aventura la esperanza en la inmortalidad personal, en la persistencia de cada uno de nosotros después de la muerte; se siente un oscuro y extraño rencor frente a cualquiera que afirme que el hombre es una realidad efectiva, digna, tal vez perdurable; que el mundo es hermoso y vale la pena; que el hombre está hecho para la mujer y la mujer para el hombre.

Las consecuencias de esto son inmediatas: ¿cómo se va a estimar la claridad en un pensador, la belleza literaria en un escritor, el atractivo en uno y otro? Los libros que se elogian suelen ser ilegibles —y son muy poco leídos—; la mayoría de las obras artísticas que se cotizan no producen placer. Se elogia lo que no se estima.

El problema es si todo esto es posible. Los etnólogos describen formas de vida primitiva y siempre he desconfiado un poco de ello. Metódicamente he creído que se entienden mejor la sociedad o el lenguaje estudiándolos en sus formas maduras y plenamente realizadas, desde las cuales quizá se puedan comprender las primitivas, atrofiadas, regresivas, patológicas. En todo caso, ese modelo de vida quizá haya sido posible en la mínima isla de Dobu, allá en las costas de Nueva Guinea; me gustaría saber qué sucede hoy allí mismo. Desde luego, estoy seguro de que los dobianos no irán muy lejos. El occidente lleva un par de milenios —quizá tres, si se permite una ampliación no enteramente ilícita— inventando sin parar, haciendo frente a las más peliagudas situaciones, creando realidades que nos siguen pareciendo admirables, en medio de todas sus caídas —de las que siempre se ha levantado—. Me parece improbable que el ideal de Dobu llegue a consolidarse, a lograr vigencia entre nosotros. Más bien pienso que se acerca el fin de los dobianos y que dentro de un par de años va a cundir el asco por su estilo vital. Es muy probable que comience con la repulsión hacia la magia, que empezó con los horóscopos en los periódicos, siguió con los libros de ocultismo, ha continuado con los «exorcismos» y ha culminado en esos asesinatos rituales que leemos cada poco tiempo, como el de ese inglés que ha matado a su mujer arrancándole con las manos la lengua y los ojos.

Julán MARIAS

Sin sustitución posible LETRAS Y FIGURAS

YA cuando el cine tomó vuelos, y especialmente cuando sus aficionados empezaron a calificarle de «séptimo arte», hubo quien vaticinó el próximo, casi inmediato esplendor de una «cultura de la imagen». Ahora se habla, a menudo, de una «civilización audiovisual», que sería la nuestra, o será la de nuestros nietos, si se quiere. Desde luego, la situación es rigurosamente nueva, y, hasta cierto punto, para definirla con un apelido de uso informal, no está mal referirla a los «mass media» básicos: el cine y el tocadoscos, la radio y la prensa gráfica, la televisión y el magnetófono. Estos chismes han introducido, en las rutinas de la gente, unas posibilidades inéditas de comunicación, de conocimiento, de recreo, cuyo alcance todavía no sabemos valorar en sus términos justos. No creo que haga falta insistir acerca de ello. Los que hemos vivido el «tránsito» de la sociedad «anterior» a ésta podemos apreciar, al menos, la convulsiva trascendencia del cambio a nivel personal. Y quizá por eso estamos en condiciones de dar testimonio directo de su incisivo planteamiento «histórico». Los chicos de hoy mismo, criados ya en un ambiente donde la «audiovisualidad» es habitual, no comprenderán nunca —si no es a fuerza de imaginación erudita, en su día— la perplejidad e incluso el pánico con que nosotros hemos asistido al proceso. Para las generaciones de mañana, un televisor será tan «normal» como anteaer lo era un árbol o el agua para quienes vivían en la milenaria tradición pre-tecnológica: el trasto pertenecerá a su noción de «naturalidad», por decirlo así...

De todos modos, creo que se exagera un poco, o un mucho, al cotorear del asunto, cuando algunos sociólogos de mayor o menor cuantía tienden a precisar el fenómeno a expensas de la «letra». Mi impresión es que ocurre todo lo contrario. Mejor dicho: a la vez que prosperan las eficacias «audiovisuales», la «letra» —la necesidad o la eventualidad de leer—

no sólo no ha perdido terreno, sino que lo ha ganado de una manera agobiante y también sin precedentes. Jamás tuvimos tanto que leer y escribir, los moradores de este curioso globo terráqueo, y me temo que el futuro sea aún más exigente. Leer, por ejemplo, leyes, circulares, anuncios, informes, manuales, reportajes, y escribir, por otro ejemplo, triplicados burocráticos, cartas comerciales, actas, certificados, minutas de consejos de administración o de mesas redondas políticas, y etcétera. Deliberadamente, en este esguince, eludo toda referencia a la «literatura»: versos, filosofía, novelas, historia, tragedias, sociología, psicología, y todo lo demás. Y excluyo a las «ciencias»: las ciencias-ciencias, las tentativas del matemático, del cancerólogo, del físico, del botánico, de quien sea, que sólo —o fundamentalmente— por «escrito» encuentra su trámite. El hombre de la calle lee y escribe hoy día infinitamente más que cualquiera de sus antepasados, por docto que fuera el que escogieramos. La Administración Pública y los negocios privados le obligan a leer y a escribir para continuar viviendo. No importa lo que se lea o se escriba: se lee y se escribe. Y repito: como nunca. Más que nunca.

Estamos envueltos en «letras». Cualquier comparación con el pasado resulta superflua. Desde la hipótesis de mis abuelos —yo soy un cincuentón consumado y medianamente consumido—, salta a la vista la diferencia: ellos todavía pudieron ser analfabetos sin excesivas pérdidas materiales ni morales, pero los de mi edad ya no pudimos no ser alfabetizados. Para bien o para mal, ese es el encuadre de unos y otros. Hace setenta años, pongo por caso, no existía otra publicidad que el mediocre rótulo de una mercería —«La Puntual», del señor Santiago Rusiñol, estaba en pie— o sólo un ramo de vegetales para indicar la venta de bebidas o de verduras en el ámbito rústico-suburbial. De eso hemos saltado a los neones deslum-

brantes, a las vallas repletas de «slogans», a los «slogans» en sí, que constituyen todo un género literario —si no recuerdo mal, Aldous Huxley insinuaba que era más difícil confeccionar un buen «slogan» que un buen soneto—, a los «spots»: el letrero, finalmente. El «letrero» presupone el lector —un lector que, por serlo, puede ser «comprador»: el comercio, y lo que hay detrás, confía en que el cliente sepa leer. Exactamente: que pueda leer sus publicidades. En buena medida, el entusiasmo por la «instrucción pública» que manifiesta el paternalismo clasista, evidente, converge finalmente en esa manobra. Y en la otra: la de rellenar los inagotables «impresos» de la «covachuela», con sus pólizas y sus resguardos... La «letra», en medio de la «audiovisualidad» reinante, mantiene la primacía.

Hay que saber leer. Les conviene, a «ellos», que sepamos leer. Y no leer a Rimbaud, o a Kant, o a Kafka, o a Proust, ni a nadie que venga por ahí, antiguo o moderno, de derechas o de izquierdas, sino leer las pautas oficiosas y las tentaciones publicitarias. Que nadie se llame a engaño: la operación de «escolarizar» a los niños, de alfabetizarlos, no es precisamente desinteresada... En un principio, eso iba cargo de los clérigos, y sin mala intención: me refiero a la Edad Media y a bastante más. Las «primeras letras» venían a ser una obra de caridad («enseñar al que no sabe»), como «dar de beber al sediento» y «enterrar a los muertos». En los países industrializados, y en los otros, se interfirió la impaciencia del jornal familiar: los chavales, en vez de ir al colegio, podían ganar sus céntimos en la fábrica o en el campo. El benemérito cura de aldea hizo lo que pudo. No conozco estudios serios acerca de lo que pasó por acá. En Francia —en la Francia industrial, ¡alto!— se advirtió a la larga un bajón en la tarea alfabetizadora: el nene «empleado» en la manufactura cercana o en la oportunidad labriega, ¿para qué tenía que aprender a leer

y a escribir? No tenía tiempo para hacerlo, ni entraba en sus cálculos. La «mano de obra infantil» fue el drama dickensiano de la época. La «escolarización», en Francia, sufrió, después de la toma de la Bastilla, un doble freno: la supresión de curas docentes y la demanda de muchachos para la industria, que les privaba de aprender el abecedario. Ignoro si existe algún estudio sobre el tema acerca de las áreas celtibéricas, con sus varias lenguas.

Vuelvo al principio: frente a la obvia «audiovisualidad» triunfante, la «letra» ha adquirido una eminencia prodigiosa. La multitud pre-audiovisual no era lectora, o lo era muy poco. Los mecanismos de la «instrucción pública», en todas partes, no han sido eficaces hasta hace cuatro días. Y desde esos cuatro días, simultáneos a la radio y a la tele, la «letra» —escrita y leída— se hizo apremiante. La humilde población subalterna no tuvo más remedio que alfabetizarse: la inflación del «sector terciario», sobre todo, ha sido decisiva de Pirineos para abajo. Las amables elevaciones de la «renta per capita» han reducido bastante el trabajo de los nenes, y se disponen escuelas para acogerles... Son cosas del neopacitalismo... Pero repito lo dicho: nunca como ahora la «alfabetización» fue tan amplia e interclasista. De hecho, ¿hay nada más ignominiosamente interclasista que el alfabeto? (Una cita de Trotski propondría una variante al tema: «un líder comunista que comete faltas de ortografía es un traidor a la causa del proletariado»). Diga lo que diga McLuhan, nos mantenemos cogidos y sobrecogidos en la esfera de la «letra», infinitamente más que lo estuvieron nuestros ancestros. Ellos pudieron ser analfabetos. Nosotros no podemos serlo. Ni podrán dejar de serlo las criaturas de la presunta «civilización audiovisual». La «letra» sigue mandando. La letra, como la rueda, la palanca, el asado, la ropa y el vino, es una creación egregia, y sin sustitución posible...

Joan FUSTER

oportunidad con solo
190.000 pesetas

Le brindamos la posibilidad de poseer su propio negocio. Disponiendo de 2 horas libres semanales. Se trata de un negocio serio, muy rentable y en el que sólo Vd. maneja su propio capital. Solicite información sin compromiso indicando núm. de teléfono a

S.A.S. c/. Floridablanca, 146 - 5.º - 4.ª - BARCELONA-11

¿NO VE VD. BIEN?
COMPRE SUS GAFAS EN

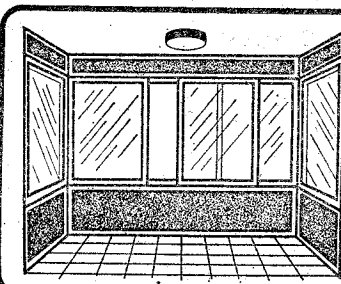


CLARAMUNT
PINO 6
GAFA PERFECTA Y ECONOMICA

INFORMATICA
PRACTICAS DE
PROGRAMACION
Manila, 49 - T. 203 68 50
bit Grupo Seresco

AGENCIA MATRIMONIAL
SERIEDAD Y DISCRECCION

Floridablanca, 146 - 2.º - 1.ª - Tel. 325 13 43 - Barcelona-11.



CUBRA SU TERRAZA
O GALERIA Y GANE
ESPACIO CON

ALUPERSON

CASIMIRO TUSET, 37 - Tel. 292 26 80
(horas oficina)

FACILIDADES DE PAGO